

## CAPITULO XXIX.

- » Sus recreos presidia ,
- » Y era árbitro en sus contiendas
- » Si alguna se introducía . »

(CHABBE, la Aldea.)

CONFORME á las órdenes de su amo, Francis Macraw acompañó á su antiguo compañero de armas hasta la puerta del castillo, sin permitirle conversacion ni comunicacion alguna con los criados del conde, y hasta salió con él un poco mas lejos; pues considerando juiciosamente que la restriccion no podia estenderse hasta al encargado del mensaje, hizo cuanto pudo para arrancar de Edie los detalles de su conversacion secreta y confidencial con lord Glenallan; pero el mendigo, que en la larga carrera de su vida se habia visto sujeto á mas de un interrogatorio, supo eludir todas las preguntas de su camarada. — Los secretos de los grandes señores, dijo para sí, son como las fieras encerradas en jaulas bien seguras: miéntras estan bajo llave, todo va bien; pero abridles la puerta, y al instante se vuelven contra el dueño y le despedazan. Tengo bien

presente lo que costó á Dugald Gunn el haber soltado un poco la lengua relativamente á la muger del mayor y al capitan Bandilier.

Todos los ataques de Francis se estrellaron pues contra la discrecion del anciano, y semejante á un mal jugador de ajedrez, á cada falso movimiento, presentaba mas el flanco á las piezas de su adversario.

— ¡Luego quieres sostener, dijo Francis, que solo tenias que hablar á milord de tus propios asuntos?

— Sin duda, y de algunos miriñaques que habia traído de paisés estrangeros. Sabia que vosotros los papistas considerais como un tesoro precioso las reliquias que vienen de bien lejos.

— Es verdad; pero es preciso que milord haya perdido enteramente la chabeta para experimentar tan gran desasosiego por las chucherías que tú has podido traerle.

— Acaso en el fondo tienes razon, pero es posible que en su juventud le hayan agobiado los infortunios, y nada trastorna mas la cabeza de un hombre.

— Esta es la verdad, Edie, ya puedes bien asegurarlo; pero ya que no debes volver mas al castillo, y aun cuando volbieses ya no me hallarias mas aquí, te diré que ha tenido el corazon tan oprimido y desgarrado en su ju-

ventud, que es un milagro que haya podido resistir tanto tiempo.

— ¡Oiga! apuesto á que se trataba de alguna muger.

— Cierto, lo has adivinado; de una de sus primas, llamada miss Evelina Neville. No se habló poco de este asunto en el país, pero siempre á media voz, porque se trataba de grandes señores. Habrá ya de esto mas de veinte años; sí, veinte y tres cumplidos.

— Yo estaba entónces en América, y asi no podia oír los chismes del distrito.

— No hubo por esto grande escándalo, como te decia; buen cuidado tuviéron de sofocar la llama inmediatamente. El conde amaba á miss Evelina y queria casarse con ella, pero su madre descubrió el pastel, y hubo una tremolina de dos mil diablos. La pobre muchacha se arrojó al mar desde la peña mas alta de Craighburnsfoot, y aquí dió fin la historia.

— Dió fin para ella, pero no para el conde, á lo que parece.

— ¡Oh! en cuanto al conde, no terminará miéntras viva.

— Pero ¿por que la condesa se opuso á este matrimonio?

— ¿Por que? acaso ella misma no lo sabia; pero, que tuviese ó no razon, era preciso que

se cumpliese su voluntad. Sin embargo, constaba á todos que la jóven miss tenia cierta inclinacion á las heregías del país, y que era mas próxima parienta de lord Gerardino de lo que era preciso para casarse con él segun las leyes de la Iglesia católica. Por fin se entregó á aquel acto de desesperacion, y desde entónces el conde no parece el mismo.

— Pues bien, dijo Ochiltrie, es muy extraño que no haya yo oído hablar de todo esto.

— Y no deja de serlo que lo oigas ahora; ¡el diablo me lleve si ninguno de los criados se hubiese atrevido á abrir la boca miéntras vivió la condesa! Era un terrible marimacho, Edie, y se hubiera necesitado un hombre de muchos bigotes para lidiar con ella; pero ya está en el sepulcro, y por consiguiente podemos dar algo mas de libertad á nuestras lenguas cuando encontramos un amigo. A dios, Edie, es preciso que vuelva para las vísperas. Si vas á Inverrary de aquí á cosa de seis meses, no dejes de preguntar por Francis Macraw.

Esta invitacion fué hecha con buena voluntad y aceptada del mismo modo, y habiendose separado los dos amigos con recíprocas demostraciones de un afecto sincero, volvió el criado al castillo, y el mendigo continuó su camino para Fairport.

Hacia una hermosa tarde de verano, y el

mundo entero, es decir el estrecho círculo que formaba para Edie el mundo, estaba á su disposicion, y podia escoger el alojamiento que mas le acomodase para pasar la noche. Cuando hubo salido del dominio menos hospitalario de Glenallan, por la misma libertad de escoger no sabia á donde dirigirse. A una milla de allá habia la taberna de Ailie Sim; pero pensó que era sábado, que encontraría allí una multitud de jóvenes que no piensan mas que en divertirse, y que no habria medio de entablar una conversacion sensata. Conocia muchos arrendadores y arrendadoras de tierras de las inmediaciones; pero el uno era sordo y no podria oírle, la otra carecia de dientes y le fuera difícil comprenderla, este tenia mal genio, aquel un perro mohino. Estaba seguro de ser bien recibido en Monkbarns y en Knockwinnock; pero tenia que andar mucho para llegar aquella tarde.

— No sé en que consiste, dijo el anciano, pero me cuesta mas trabajo escoger esta tarde alojamiento de lo que me habia sucedido en toda mi vida, segun puedo acordarme. Creo que por haber visto un soberbio castillo, y convencidome al mismo tiempo de que se puede ser feliz sin tanto aparato, estoy mas orgulloso de mi suerte. ¡ Dios me lo perdone! porque el orgullo es el precursor de la

perdicion. En cualquier caso, la peor granja en que pueda ser admitido un mendigo me pareceria mas agradable que el castillo de Glenallan, á pesar de sus cuadros, sus colgaduras de terciopelo negro, y las guineas que allí se reciben. Es preciso sin embargo decidirme. Pues bien, vamos á casa de Ailie Sim.

Al bajar de la colina á cuyo pié estaba situado el lugarcillo á donde se dirigia, ya se habia puesto el sol, en cuya hora todos los habitantes dejaban de trabajar, y los jóvenes aprovechando tan hermosa tarde jugaban á las bochas en un prado, rodeados de una multitud de viejos, mugeres y niños. Los gritos y exclamaciones de los jugadores movian una tabaola que, hiriendo los oídos de Ochiltrie, le recordó el tiempo en que él mismo habia disputado y ganado muchas veces el premio en los juegos de agilidad y de fuerza. Tales recuerdos dejan rara vez de arrancar un suspiro, aun cuando la tarde de la vida esté halagada por una perspectiva mas brillante de la que se ofrecia entónces á nuestro pobre mendigo. — En aquella época, pensó con bastante naturalidad, el mismo caso hubiera hecho yo de un viejo peregrino que bajase de la colina de Kinblythemont, que el que hacen ahora del viejo Edie Ochiltrie esos jóvenes alborotados.

Sucedieron á esta reflexion ideas de una clase menos lúgubre, cuando vió que daban á su llegada mas importancia de lo que presumiera su modestia. Una suerte dudosa habia promovido una disputa entre los jugadores; y como el empleado de la aduana se declarara por un partido, y el maestro de escuela en contra, podia decirse que las altas potencias tomaban parte en el negocio. El molinero y el cerragero defendian tambien un partido opuesto, y se ponía en la contienda un calor que hacia temer que no se terminaria amistosamente. Pero el primero que vió llegar al mendigo, exclamó: — ¡Ah! he aquí el viejo Edie, nadie sabe mejor que él las reglas de todos los juegos, él dirá quien tiene razon.

— Sí, sí, gritáron de todos lados, fuera contiendas, pasaremos por lo que diga Edie.

El mendigo, pues, fué recibido á su llegada con una aclamacion general, y se le instaló árbitro inmediatamente. Con toda la modestia de un clérigo á quien se ofrece una mitra, ó de un miembro de la Cámara de los comunes, cuando se le llama á ocupar la silla de presidente, procuró el anciano evadir cuanto pudo la responsabilidad que queria imponerse. Pero, por precio de su humildad, tuvo la satisfaccion de oír la declaracion unánime de los concurrentes, de que en todo el pais no

existia nadie que reuniese mejores circunstancias para pronunciar acertadamente el fallo sin apelacion.

Con tales estímulos, empezó gravemente el ejercicio de sus funciones, y habiendose hecho esplicar el asunto de que se trataba, oyó en seguida, como abogados de las partes, por un lado al cerragero y al empleado de la aduana, y por otro al molinero y al maestro de escuela, despues de haberles encargado muy particularmente que se abstuviesen de toda espresion injuriosa, y que no faltasen á la justicia y á la verdad. Debemos decir, sin embargo, que ántes de empezarse las defensas Edie habia ya pronunciado interiormente su sentencia, imitando en esto la conducta de mas de un juez que, aunque bien decidido á no variar de dictámen, no deja de escuchar, para no faltar á las fórmulas, los argumentos de los defensores de ámbas partes. Cuando se hubieron alegado y repetido por muchas veces las razones en pro y en contra, nuestro experimentado viejo, bien considerado todo, pronunció una sentencia muy prudente y moderada, declarando que la suerte en cuestion era nula y no podia contar por nadie. Esta juiciosa decision restableció la paz entre los jugadores; cogiéronse otra vez las bochas, siguió la zambra, y algunos se quitaban ya las chaquetas y los corba-

times para darlos á guardar á sus madres, sus hermanas ó sus queridas; pero la alegría general fué interrumpida de un modo muy particular.

En las últimas filas del numeroso grupo formado en torno de los jugadores, empezó á oirse un ruido de muy distinta especie, es decir aquellos suspiros ahogados, aquellas exclamaciones con que se recibe la primera noticia de una calamidad. Algunas mugeres decian á media voz: — ¡Es posible! ¡morir tan jóven y tan repentinamente! — Comprendióse desde luego que habia sucedido alguna desgracia en las inmediaciones; cada uno lo preguntaba á la persona que tenia mas inmediata, pero no se sacaba nada en limpio. Cesáron los gritos de alegría, la funesta nueva fué ganando terreno, y llegó hasta á Ochiltrie que estaba en el centro del círculo. La barca de Saunders Mucklebackit, el pescador, de que hemos hablado tan frecuentemente, se habia ido á pique; decíase que los cuatro hombres que estaban dentro habian perecido, y que Mucklebackit y su hijo Steenie eran de este número.

La fama, en esta ocasion como en muchas otras, se habia escedido de la verdad. No cabia duda en que la barca de Saunders se perdió; pero solo un hombre fué víctima de tan funesto

accidente, y ese hombre era Steenie Mucklebackit. Aunque por su profesion y el lugar de su residencia tuviese pocas relaciones con los aldeanos, no por esto dejó de recibir de todos ellos el tributo de sensibilidad que obtiene siempre una desgracia súbita é imprevista. Esta noticia hirió sobre todo como un rayo á nuestro Ochiltrie. Acordóse de que habia hecho tomar parte á ese jóven, el dia anterior, en una travesura algo delicada; y aunque su designio no era maltratar al Aleman, ni privarle de lo que fuese suyo, sino darle solamente una leccion de que pudiese acordarse, consideraba que semejante ocupacion no era á propósito para los últimos momentos de la vida de un hombre.

Una desgracia nunca suele venir sola. En tanto que Ochiltrie, apoyado muy pensativo en su baston, unia sus lamentaciones á las de los aldeanos afligidos por la prematura muerte de Steenie, y miéntras se acusaba interiormente de haberle tomado por socio en su expedicion nocturna contra Dousterswivel, un oficial de paz le cogió con la mano izquierda por el collarin de su chaqueta, presentandole con la diestra el baston, signo de la autoridad legal de que estaba revestido, diciendole en alta voz: — Daos á prision en nombre del rey.

El empleado de la aduana y el maestro de

escuela agotaron toda su retórica para probar al comisario que no tenia derecho de prender como vagamundo á un mendigo del rey, y que su capa azul le permitia correr todo el pais pidiendo limosna. Los puños y los ojos centelleantes del molinero y del cerragero daban nueva fuerza á estos argumentos.

— Pero su capa azul no le autoriza para el robo ni el asesinato, respondió el comisario, y sepan vms., señores, que soy portador de una órden de arresto espedida contra él por estos dos crímenes.

— ¡Por asesinato! exclamó Edie: ¿ como es eso! ¿ á quien he asesinado yo?

— Al señor Herman Dousterswivel, agente de las minas de Glenwithershin.

— ¡Tousterchivel! Bueno, bueno, vive, y goza de cabal salud.

— Si vive, no es por culpa vuestra; pues, segun se explica, ha salido de una y buena. Pero ya daréis cuenta de esto á la justicia.

Los defensores del mendigo enmudecieron al oír la grave acusacion dirigida contra él; pero mas de una alma caritativa le dió pan, carne y algunos sueldos, para que se pudiera alimentar en la carcel á donde iban á conducirle.

— Muchas gracias, hijos míos, dijo Edie: ¡ Dios os lo pague! he salido de otros apuros en que acaso no merecia tanto mi libertad, y

esta vez me escaparé tambien como la zorra al que le arma la trampa. Proseguid vuestro juego, y no paseis pena por mí. Siento mas la muerte del pobre Steenie que todo lo que puede sucederme.

El preso se dejó llevar sin la menor resistencia. Habia ántes llenado bien sus faltriqueras y su alforja con las abundantes limosnas de los circunstantes; nunca hermano capuchino entró mas cargado en su convento. No tuvo sin embargo que llevar mucho tiempo el peso, porque el comisario tomó una carreta tirada por un buen caballo para presentar á Edie ante el magistrado.

La muerte del desgraciado Steenie y la prision de Edie interrumpieron los juegos de la aldea, cuyos alligidos habitantes pusieron á reflexionar sobre las vicisitudes de la fortuna, que casi á un mismo tiempo habia abierto la tumba para uno de sus camaradas, y puesto al árbitro de su pendencia en peligro de ser ahorcado. El carácter de Dousterswivel era generalmente conocido, lo que equivale á decir generalmente detestado. Lisonjeáronse de que la acusacion contra Edie Ochiltre seria calumniosa; pero todos conviniéron en que si en esta ocasion debia sufrir algun castigo, era una lástima que no lo hubiese merecido mejor matando de veras al impresario de las minas.